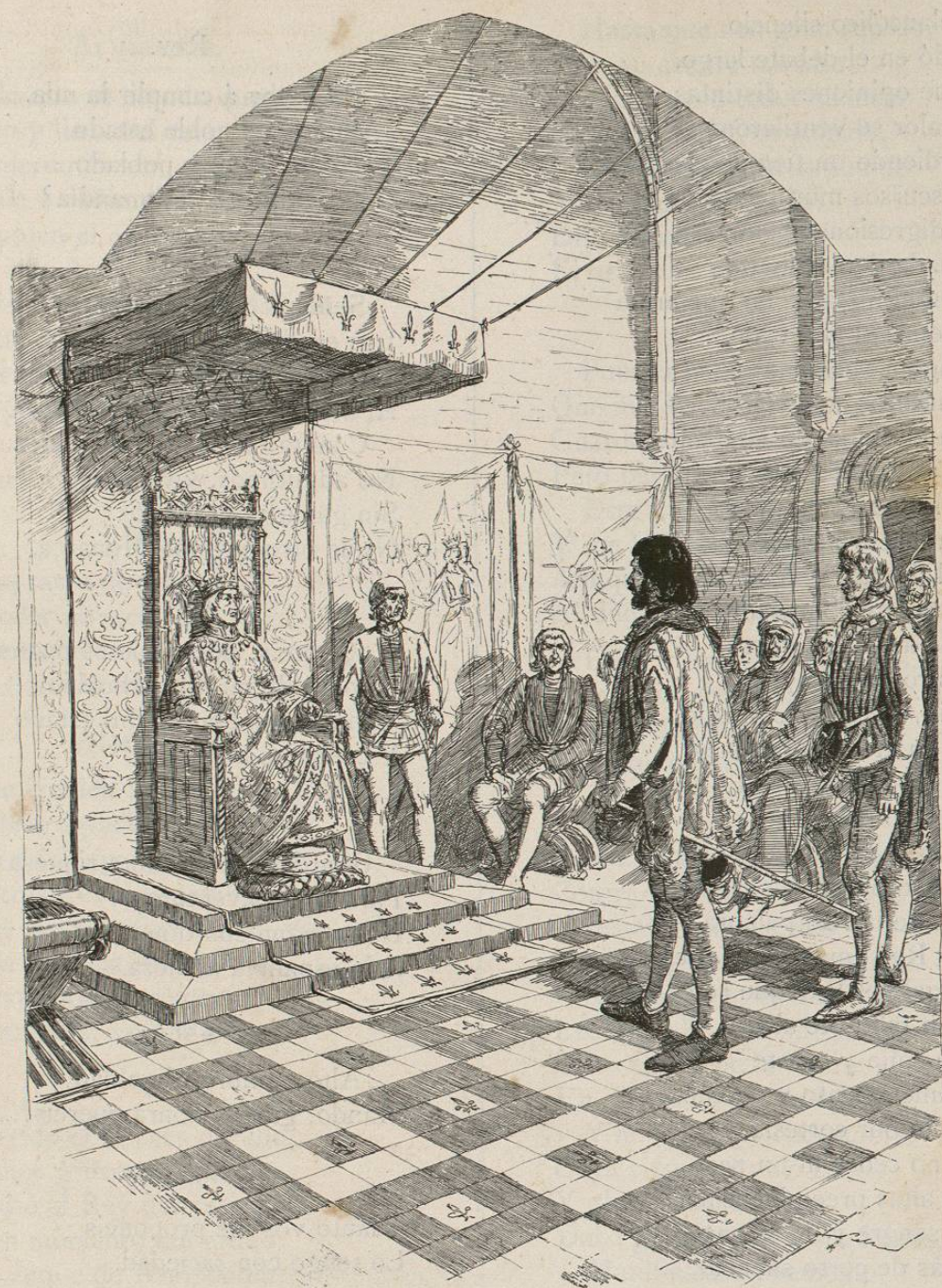
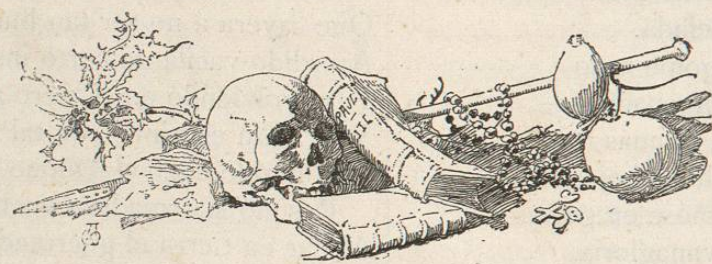


»Afortunado triunfador, yo empeño  
 Mi palabra real, mi nombre augusto,  
 Ya que del hijo, que idolatro, dueño  
 Os hizo en esta lid el cielo justo,  
 De daros de su vida en desempeño  
 Cuanto anhelar pudiere vuestro gusto.  
 Pedid, pedid, satisfaceros fio,  
 Y guardad como prenda el cetro mio.»

Oyéndolo, suspende la venganza  
 El Almirante noble, y el cuchillo  
 Tirando, el cetro con respeto alcanza  
 Del polvo, que ofuscaba su alto brillo.  
 Saluda al Rey con plena confianza,  
 Monta gallardo y grave en el tordillo,  
 Y deja del estadio los confines  
 Saludándole trompas y clarines.



## VII

## EL RESCATE

Rey que palabra non cumple  
 Non debia de reinare  
 Ni cabalgar en caballo  
 Ni espuela de oro calzare.

*Cancionero.*

El rey de Francia en su trono  
 Servido está y circundado  
 De príncipes, duques, pares  
 De su reino dignatarios.

Y con ellos gravemente  
 Trata sobre el grave caso  
 De la vida y del rescate  
 Del Príncipe desdichado;

Del duque de Normandía,  
 Que aun convaleciente y flaco  
 De la herida peligrosa  
 Y del golpe del caballo;  
 Del dolor del vencimiento  
 Y de haber visto rodando  
 Por el polvo sus blasones  
 Y su noble escudo en blanco;



Melancólico silencio  
Guardó en el debate largo,  
En que opiniones distintas  
Con calor se ventilaron.  
Perdiendo un tiempo precioso  
En discursos muy peinados  
Y en digresiones pomposas,  
Que nada determinaron.  
Y en el instante en que ardia  
Más tenaz el altercado,  
Al aragonés Aldana  
Los maceros anunciaron.  
Con el duque de Brabante  
Entra el español bizarro,  
A los nobles Consejeros  
Justo respeto inspirando;  
Y al duque de Normandía  
Tal horror y sobresalto  
Que de azufre se dijera  
Su rostro desencajado.  
Serio, grave, y comedido  
Entra en el salon despacio,  
Y con dignidad saluda  
Al augusto soberano.  
Lleva la espada en la cinta  
Y el cetro puesto á su lado,  
Prenda de la real palabra  
Que el Rey empeñó en el campo.  
Ruégale el Rey que se cubra,  
Y en un taburete alto  
Con su cojin y tapete  
Que tome asiento y descanso.  
Hízolo por cortesía,  
Y por no ceder ni un paso  
En las altas preeminencias  
De su sangre y de su cargo.  
Y tras de corto silencio,  
Muestra de mutuo embarazo,  
De este modo el Almirante  
Y el Monarca egregio hablaron.

REY.

Almirante de Aragon,  
De vos no estoy olvidado  
Y habeis á verme llegado  
En oportuna ocasion.

Tratábamos justamente  
Yo y mis fieles consejeros  
La manera de ofrecer  
Un rescate competente.

ALMIRANTE.

Nunca lo dudé, señor.  
Cuando se da una palabra,  
Hasta que se cumple, labra  
El pecho donde hay honor.

REY.

Pues voy á cumplir la mia.  
¿Admitís un noble estado  
Fecundo, rico, y poblado  
Con castillo en Normandía?

ALMIRANTE.

Señor, cuando deseamos  
Los españoles tener  
Estado que poseer,  
Al moro lo conquistamos.  
Cuanta tierra el cielo abarca  
No admitimos, vive Dios,  
Sin ganarla, ni de vos  
Ni de otro extraño Monarca.

REY.

¿Quereis, pues, que os pague en oro  
El peso de mi hijo armado,  
Aunque empobrezca mi estado  
Y consuma mi tesoro?

ALMIRANTE.

Guardad, Rey, tanta riqueza  
Para algun aventurero;  
No se gana con dinero  
A la española nobleza.

REY.

¿Alto nombre, dignidad,  
Mando, gloria, honra quereis?...

ALMIRANTE.

Cuanto vos me proponéis  
Lo tengo con saciedad.

REY.

Si pudiera mi corona  
Daros, con ella os brindara.

ALMIRANTE.

Puede que no la aceptara,  
Aunque el ser vuestra la abona.

REY.

Con que cuanto digo es vano,  
Y me confundo y me aflijo  
Al ver que esté de mi hijo  
La existencia en vuestra mano.

Pedid, ¿por qué os deteneis?...  
Pedid sin tino y medida,  
Y pedidme hasta mi vida,  
Pues mi palabra teneis.

ALMIRANTE.

Pido que su escudo quede  
Blanco y liso cual está,  
Y recuerdo le será  
De que á nadie pisar puede.  
Y yo en el escudo mio  
Las cinco flores de lis,  
Que le arranqué en San Dionís  
Y gané en el desafío,  
Por blason he de llevar;  
Para perpetua memoria  
En que asegure la historia  
Que no me dejé pisar.

REY.

Almirante de Aragon,  
Mi poder no alcanza á tal,  
¿Sabeis que escudo real  
Esas flores de lis son?

ALMIRANTE.

Eso, ¿quién lo duda?... ¿Quién?  
Y debeis agradecer  
Estarme de que no os pido  
Vuestras tres lises tambien.  
Las cinco que arranqué, vos,  
rey de Francia, me dareis,  
O al vencido entregareis  
Sin remedio, voto á Dios.

Herido el francés orgullo,  
En altos gritos tronando,  
Impidió al Rey dar respuesta  
En un momento tan arduo.

El duque de Normandía  
Brama ronco y despechado,  
Y con el pié duro rompe  
Las tersas losas de mármol.

Y no falta en el consejo  
Quien cometa el desacato  
De llevar hácia la espada  
Con ciego furor la mano.

Aldana de pié se puso,  
Cruzó en el pecho los brazos,  
Y con semblante tranquilo  
Desprecia aquel arrebató;

Como desprecia el escollo  
El furor del Oceano,  
Del huracan el empuje,  
Y el embate de los años.

Confusion horrible reina  
En el Consejo de Estado,  
Todos hablan, nadie escucha,  
Perplejo está el Soberano;

Hasta que con gran reposo,  
Pero en acento tan alto  
Que impuso á todos silencio  
Y que retumbó en palacio,  
Por el duque de Brabante  
Sostenido y apoyado,  
Dijo decidido y firme  
El aragonés gallardo:

ALMIRANTE.

Pues la palabra, señor,  
Que me disteis, no cumplís,  
Guardad las flores de lis,  
Pero perded el honor.

Este cetro es prenda mia,  
Y me lo llevo, y con él,  
Aunque lo escude el dosel,  
Al duque de Normandía.

Dijo, y tornó las espaldas,  
A marchar determinado,  
Pero el duque de Brabante  
Le detuvo por el brazo.

Nuevo rencor se levanta  
Contra el Almirante bravo,  
Y restablecer el orden  
No consigue el Rey anciano.  
Mas como eran caballeros  
Los que allí estaban, al cabo  
A los gritos de la honra  
En despertar no tardaron.

Y la voz del Condestable,  
Cuya ciencia y pelo cano  
Y gloriosas cicatrices  
Daba gran fuerza á sus labios,  
Manifiesta brevemente  
Que habiendo el Rey empeñado  
Una palabra, cumplirla  
Era justo y necesario.

Que estaba el potente cetro  
Al cumplimiento empeñado,  
Y que no habia de perderse  
En las extranjeras manos;

Que la honra, no eran las lises,  
Fuesen veinte ó fuesen cuatro,  
Sino cumplir las palabras  
Y atenerse á los contratos.

Estas razones sesudas  
Del esclarecido anciano,  
El tumulto y alboroto  
Mudo silencio tornaron.

Silencio que al punto rompe  
El Rey, el rostro bañado  
De lágrimas de despecho  
Que sus mejillas quemaron.



Y prorumpe de este modo,  
Hecho el corazon pedazos,  
Y con voz trémula y honda,  
Que era doloroso el paso.

REY.

Almirante de Aragon,  
Las cinco flores de lis  
Ganadas en San Dionís,  
Os concedo por blason.  
Y liso quede el escudo  
Del duque de Normandía,  
Ya que por su estrella impía,  
Guardarlo de vos no pudo.

De dolor mal comprimido  
Resonó murmurio infausto,  
Y de púrpura y de azufre  
Los semblantes se bañaron.

El Almirante impertérrito  
Subió con desembarazo  
Las cuatro gradas del trono,  
Y le dijo al Soberano:

ALMIRANTE.

Os vuelvo el cetro, señor,  
Y sabed que no ha perdido  
El tiempo que lo he tenido,  
Su gloria ni su esplendor.

El Duque, irritado y fiero,  
Dijo entre los cortesanos,  
Que su padre no podia  
Inferirle tal agravio.

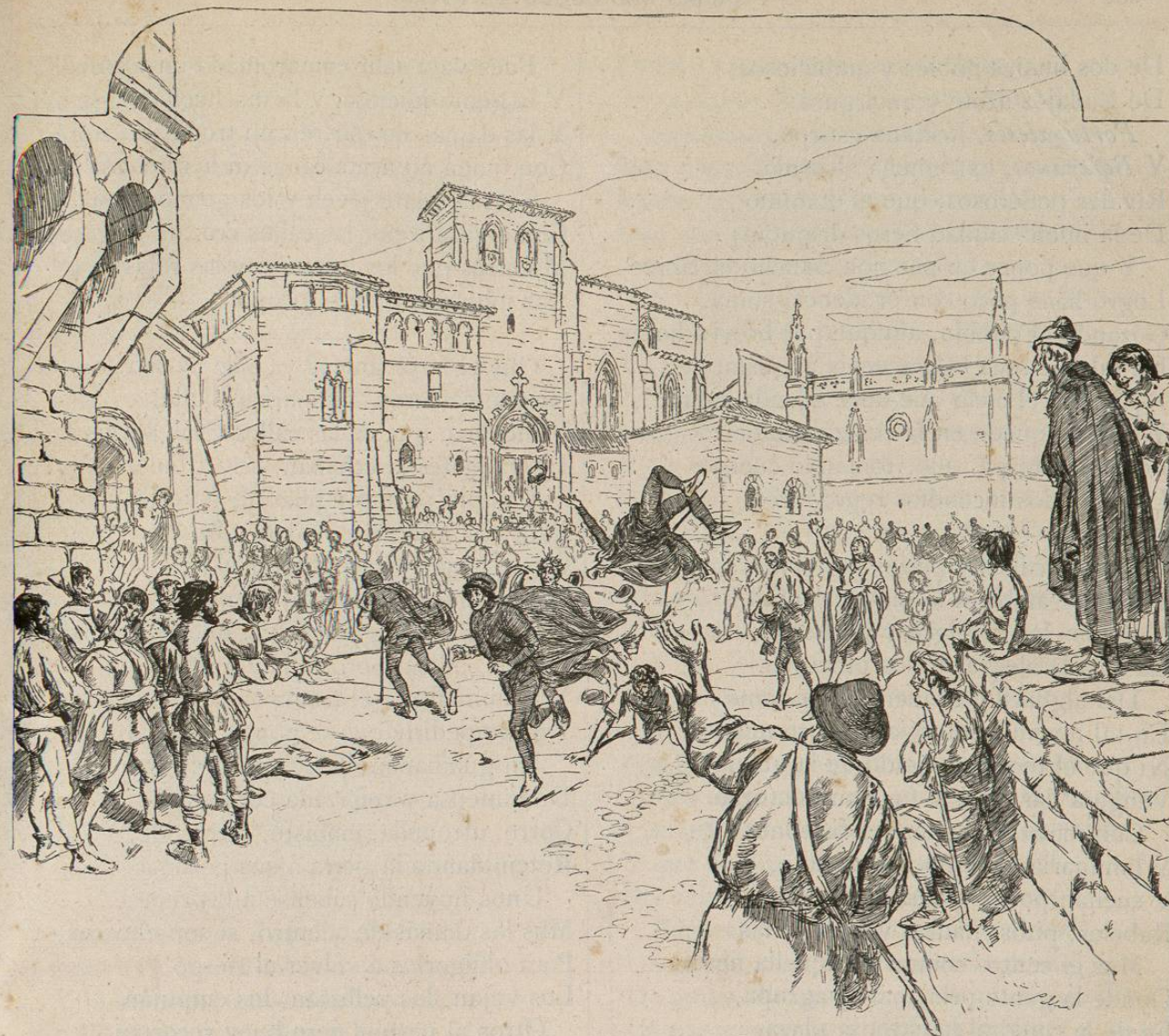
Y:—*C'est mal donné!*—gritaba,  
*C'est mal donné!* despedido,  
Y oyéndolo el Almirante  
Contestóle sin mirarlo:

ALMIRANTE.

Para que más satisfecho  
Mi honor hoy pueda quedar,  
Tambien quiero perpetuar  
Ese imprudente despecho.

Y aunque el de *Aldana* acatado  
En toda la tierra ha sido,  
Desde hoy será el apellido  
De mi estirpe MALDONADO.

Madrid, 1852.



LEYENDA TERCERA

## EL ANIVERSARIO

A mi hijo Enrique

*Ossa arida, audite verbum Domini.*  
EZECHIEL, prof.

I.—LA VELADA

Hundiéndose en los mares de Occidente  
Tras de las lomas áridas y adustas,  
Lindes de Lusitania y de Castilla,  
Un sol de otoño, entre rosadas brumas,  
Recortó con sus últimos destellos  
Las altas frentes y erizadas puntas  
De las torres y montes convecinos,  
Que á Badajoz defienden y circundan.

Y en cuya catedral los sacros bronces,  
Que en la region de las tormentas zumban,  
Para el sol venidero le anunciaron  
Festividad solemne y pompa augusta.

Las del aniversario de aquel dia  
En que el séptimo Alfonso, de la furia  
Y del poder triunfando sarraceno  
Expugnó á Badajoz tras larga lucha.

Y en que purificando su mezquita  
Del falso rito y prácticas inmundas,

Del Gólgota á la enseña triunfadora  
Maldita se humilló la media luna.

De la insigne ciudad voto solemne  
Aquel festejo popular, que aun dura,  
Fundó de gratitud en homenaje,  
Sin que dejara de cumplirlo nunca.

Y desde la conquista memoranda  
Tendido habian al paso dos centurias,  
Hasta el suceso grande y misterioso,  
Que hoy quiere recordar mi humilde pluma.

Del alto campanario el gran rimbombe  
De gozo la ciudad mísera inunda,  
Que bien ha menester de regocijos  
Despues de un año de dolor y angustias.  
De un año de ansiedad y de miseria  
En que la tuvo la enconada pugna